Buenas tardes.

La concha de su madre.

(Aplausos)

Analicemos esa frase.

¡Pelado! ¡Pelado! ¡Pelado!

Analicemos esa frase.

No “buenas tarde” ni “pelado” sino “la concha de su madre”. ¿Qué significa ese insulto? ¿Qué le decimos a alguien? Lo mandamos al lugar de origen ¿no? Por donde vino o debió haber nacido.

Cuando yo era chico había muchos pibes que cuando le decían “la concha de su madre” decían: “Con mi vieja no te metas”. Ridículo ¿no?. Edipo puro. El lugar común de la vieja como alguien inmaculado, sin sexo. A mí siempre me pareció ridículo esto de “con mi vieja no te metas”. Inclusive cuando me di cuenta de que mi vieja cogía.

Un insulto puede volverse tan absurdo que la concha puede ser de tu madre, pero también de tu abuela, de tu tía, de tu hermana.

Otra cosa que me llamó la atención, los pibe decían: “La concha de tu hermana”, “Como hermana yo no tengo, con la tuya me entretengo”. Ahí me di cuenta de que la hermana, si bien no es la vieja, también hay una cosa medio escabrosa ahí, meterse con la hermana. Yo no sé, no tengo hermana. Y la verdad, no vine aquí a entretenerme absolutamente con nadie.

De todas maneras, el insulto más revelador de mi infancia no fue algo dicho sino algo que leí. Había, en el barrio Pompeya, mi barrio de la infancia, en la calle Pirovano, un auto viejo, creo que estaba abandonado, muy sucio, que tenía escrito con un dedo sobre la tierra en el parabrisas: “Lavame sucio”. Y en el capó, también con un dedo: “Puto el que lee”.

Ver esas dos leyendas en un auto para mí fue revelador. Imagínense, un pendejo, 6 - 7 años, estaba recién aprendiendo a leer y veía que un auto tenía todo eso para decirme. Igual me di cuenta de que había dos cosas ahí, distintas. Por un lado estaba el “lavame sucio”. El “lavame sucio” era, claramente, un mensaje del auto. Era el auto el que le estaba diciendo al dueño. Le estaba reclamando algo. Era un escrache del auto al dueño.

El “puto el que lee” era algo distinto. Porque no lo decía nadie, no era el auto el que hablaba ahí. Daba la impresión de que era un mensaje de nadie. Lo cual implica que puede ser un mensaje de Dios.

(Risas)

Fue en ese momento que un ateo como yo, criado por una madre y un padre marxistas, comprendió lo que es un milagro.

(Aplausos y risas)

Nadie escribe “puto el que lee”, pensé. Porque si alguien lo escribe, lo lee. O sea no se puede escribir sin leer. Quedaban entonces dos opciones: o había sido Dios o había sido alguien que se estaba cagando de risa de mí, de quien leyera eso, de la humanidad entera. Y como no me hice creyente, opté por la segunda opción, por la burla, por la ironía. Y la ironía es una de las claves del insulto.

Con el insulto aparece el ingenio, la picardía, la creatividad. Un insulto es un ejercicio sofisticado del pensamiento puesto al servicio de algo choto. La excitación de quien escribe “Puto el que lee” está en imaginar qué va a pasar con quien lo lea. O sea, excitación, imaginación. ¡Es un pajero!

(Risas)

Y por lo tanto, un idealista.

Cuando leí esa frase en ese auto sucio, no sólo tuve una revelación sino que además tuve un mandato. Sentí que tenía un mandato. Por un lado tenía que escribir un libro llamado “Puto el que lee” y por el otro tenía que hacer un diccionario de insultos para sumergirme en toda esa mierda. Y fue así que escribí “Puto el que lee. Diccionario argentino de insultos, injurias e improperios”.

(Aplausos)

Es raro lo que pasa con los insultos. Porque si somos lo que comemos, también somos lo que descartamos, la basura que generamos. Y si el lenguaje es alimento, el insulto es excremento. Y ahí viene un problema porque si el insulto es excremento quiere decir que nos gusta la coprofagia.

Existen algunas confusiones respecto de los insultos. Pensemos

en un texto que incluya las palabras “poronga”, “cajeta”, “garchar”, “ojete” y “cacona”. Alguien podrá decir, incluso técnicamente, vemos una película que si dice eso, “lenguaje adulto”. ¡No! ¡No! No es lenguaje adulto, es lenguaje infantil.

Mi fascinación cuando leí “puto el que lee” en ese auto sucio fue una fascinación infantil. Insultar es volver a la infancia, es volver a activar aquellos mecanismos de ingenio, pero también de emoción. Es volver a descubrir el mundo con la intensidad con que lo hacemos cuando somos niños.

Otra cosa que se dice: el insulto es irracional. ¡No! Es racionalidad. El insulto forma parte de lo racional. Una racionalidad infantil del “puto el que lee”, sí, pero racionalidad. Seguramente sea la última estación, la frontera de la racionalidad. Porque el insulto es violencia. Representación de la violencia. Puede ser violento pero es representación. Del insulto, más allá, se pasa a la piña. Y eso sí que es violencia objetiva.

Por eso necesitamos insultar.

(Aplausos)

Pero claro, ¿Cómo lo hacemos cuando sabemos que muchos insultos son racistas, machistas, homofóbicos, sexistas, clasistas? Y muchas veces los insultos sirven como pretexto o sustento teórico o aceptación social para estos crímenes aberrantes, como son femicidio, gatillo fácil, represión, desaparición forzada de personas.

(Aplausos)

¿Cómo combatir esta canallada?

Hace unos años, en su maravillosa ponencia en el Congreso de la Lengua Española, el colosal escritor Roberto Fontanarrosa pidió un indulto para las malas palabras. Muy bien, yo retomando aquella idea, hoy vengo aquí a proponer que pensemos en un programa de reducción de daños de los insultos.

Reducción de daños, o sea, dar información técnica para el uso responsable. Como pasa con las drogas. Pero para eso debemos tomar consciencia de que, si vamos a reemplazar un término insultante, tiene que ser por otro tan contundente como aquel que reemplazamos. Y nada de la pelotudez de la corrección política berreta.

Un programa serio y valiente de reducción de daños de los insultos debería tener muy en cuenta que no vamos a destruir al machismo hasta que no encontremos una palabra para definir al cunnilingus, al sexo oral a la mujer, como lo es “pete” para definir a la fellatio.

(Aplausos)

En la actualidad existen motivos para pensar que un cambio de paradigma insultante es posible. Sobre todo cuando vemos que hay grupos insultados que se hacen cargo del insulto, lo usan y de esa manera lo neutralizan.

Pensemos en los términos “puto” - con los putos peronistas a la cabeza - , el término “puta” - con las putas feministas a la cabeza - o “negro villero” y el orgullo villero de la cumbia villera.

(Aplausos)

Algo que ya había comenzado con los equipos de fútbol. Pensemos: bosteros, gallinas, leprosos, canallas, cuervos, quemeros, tatengues, negros, etcétera. Son todos términos que nacieron como insultos y que los hinchas de esos clubes se hicieron cargo.

Pero también hay motivos para pensar lo contrario, que no es posible un cambio de paradigma insultante. Porque el insulto se volvió tan masivo que se puede volver inocuo.

Las redes sociales eliminaron el temor y el cálculo que tenía el insulto presencial. Uno tenía que tener cuidado cuando insultaba en la cara. Las redes sociales crearon el insulto virtual. Entonces se puede decir cualquier cosa desde el anonimato. Y el insulto virtual es al insulto lo que el sexo virtual es al sexo. No es lo mismo decirle a alguien “la concha de tu madre” desde una identidad falsa de Twitter, que decirle “la concha de su madre” en la cara, como yo se los estoy diciendo a ustedes en este momento.

(Aplausos)

Los insultos conforman la cloaca del idioma. Y las cloacas aunque no se vean, son necesarias, son imprescindibles. El insulto es una expresión fundamental de la lengua. Por eso es absolutamente necesario sumergirse en esa cloaca si se quiere comprender, en principio, el idioma, pero también la profundidad del alma humana.

Dicen que lo que mejor define a una sociedad es cómo se trata a los parias. Que más que mirar las calles, los edificios, puentes, hospitales, etcétera, debemos ir a ver cómo se vive en las cárceles y en los manicomios.

Tomando esta idea, podemos pensar que para entender cómo hablamos, más que leer poemas, novelas, escuchar canciones, mirar películas, tenemos que ver cómo insultamos.

Somos lo que insultamos. Asumamos que somos capaces de crear y de creer en Dios, pero también somos capaces de cagarnos en Dios. Asumamos que lo único que nos importa en esta vida es seguir siendo niños. Hagámonos cargo. La concha de su madre. Muchas gracias.

¡Pelado! ¡Pelado! ¡Pelado!